

Obró cueradamente retirándose á la parte alta del Escalda, pues dos dias mas tarde le hubieran cogido la vuelta los ingleses, colocándose entre Batz y Santvliet, y habrian conseguido de este modo con su expedicion un primer resultado muy importante; apoderarse de toda una escuadra nueva, llevársela ó destruirla. Efectivamente, las tropas de la division Hope bajaron á las islas del Norte y el Sur de Beveland por los canalizos de Weere-Gat y Sloë, caminaron con toda la rapidez que pudieron, y llegaron el 2 de agosto delante del fuerte de Batz, donde habia una guarnicion holandesa mandada por el general Bruce, que habia entregado ya los puestos atrincherados de la isla de Walcheren. Provisto dicho fuerte de treinta piezas de artilleria, colocadas á flor de agua, y muy peligrosas para las embarcaciones que lo atacaran, tenia pocos medios de defensa por la parte de tierra. Sin embargo, con una guarnicion y un comandante valiente, hubiera podido sostenerse algunos dias; pero si tenia lo uno, no asi lo otro. No queriendo el general Bruce, como tampoco quiso en Middleburgo, resistir á todo trance en un fuerte donde no habia ni casamatas ni blindages, y donde iba á verse la tropa inundada de fuego, por cuenta de los franceses á mayor abundamiento, evacuó el fuerte en el cual entraron los ingleses sin disparar un tiro. Desde ese momento eran ya dueños del paso de un Escalda al otro, y si se hubiesen apresurado á llevar su ejército por el camino de las islas del Sur y el Norte de Beveland, como hicieron con la division Hope, hubieran podido llegar en pocos dias á Amberes, plaza cerrada, es verdad, pero con obras viejas á medio des-

truir, donde habia á lo sumo dos mil hombres, sin un cañon en las murallas, y donde reinaba tanta alarma entre las autoridades sorprendidas con la aparicion del enemigo, como malevolencia en la poblacion flamenca por su origen y sus sentimientos. Afortunadamente pensaron los dos comandantes de la expedicion inglesa, sir John Strachan y lord Chatham, que era preciso antes acabar el sitio de Flesinga, lo cual permitiria introducir toda la escuadra en el Escalda Occidental, y llegar por mar á Batz y Santvliet, punto de partida para conducir la expedicion de tierra hasta á Amberes. Esta disposicion daba algunos dias al gobierno francés para organizar los primeros medios de defensa.

Por el telégrafo se supo el 31 de julio el desembarque de los ingleses en la isla de Walcheren, y el 1.º de agosto todo el gobierno estaba enterado de lo grave del peligro. Componian el gobierno durante la ausencia de Napoleon los ministros presididos por el archi-canciller Cambaceres, y entre ellos solo tres podian hacer papel en aquella ocasion, Mrs. Clarke y Decrés, ministros de la Guerra y de Marina, por su especialidad en un asunto en que estaba interesada la seguridad del territorio y de la escuadra, y el ministro de Policia Fouché, por ser el único que conservaba cierta importancia política desde que Mr. de Talleyrand se retiró de los negocios. Habia visto amenazada su existencia cuando este último cayó en desgracia, y se hizo mas revoltoso que de costumbre, ora para volver á conquistar favor si conseguia distinguirse por su celo en momentos graves, ora para convertirse en un personaje principal si llegaban á peli-

grar los asuntos del Estado, como lo empezaban muchos á temer, y otros á esperar. Efectivamente, habia muchas personas que veian signos de decadencia para el poder de Napoleon en la guerra de España que tenia trazas de eternizarse; en la de Alemania, que apareció dudosa un instante; en la inquietud que iba apoderandose de los animos; y en el descontento que causaban los asuntos eclesiásticos cuyas consecuencias daremos á conocer bien pronto. Era, pues, ocasion de moverse para un hombre inquieto, poco sentado, y que queria estar al frente de todos los cambios de fortuna.

Aunque Mr. Fouché adulaba mucho al emperador, seguia siendo aliado oculto de todos los descontentos, y se lamentaba á solas con ellos de sus disgustos, ó de los males del imperio, cuya gloria ensalzaba en público. Así, el almirante Decrès, ese ministro de tanto talento, pero que no habia tenido sino desgracias en su ramo, estaba descontento porque atribuyéndole el emperador injustamente los descalabros de la marina, y ofendiéndole con su lenguaje cáustico y atrevido, no se habia apresurado á hacerle duque. Mr. Fouché se hizo al momento amigo y confidente de Mr. Decrès. El mariscal Bernadotte, despedido del ejército por su orden del día á los sajones, llevó á Paris su orgullo y sus resentimientos, y al instante le dió la mano de amigo Mr. Fouché, lamentándose de la ingratitude con que le trataban, y tomando en público el papel de un Mentor que queria moderar la ira del principe mariscal, para impedirle que cometiera nuevas faltas. La expedicion de Walcheren fué motivo para que se declararan estas diver-

sas disposiciones de ánimo, y si algo podia efectivamente revelar ya la decadencia del reinado, era el que habia quien osaba bajo el imperio de un soberano como Napoleon, aspirar á un papel político cualquiera.

Apenas llegó la noticia del desembarque, corrió Mr. Decrès á casa de los ministros y en busca del archi-canciller, para provocar medidas extraordinarias. Y como desde lo de Rochefort no dormia, mostró un calor excesivo, queriendo se hiciera salir de Paris á todos los obreros que hubiera disponibles, se ocurriera á una leva en masa de guardias nacionales, se pusiera á su cabeza un mariscal de Francia, como Bernadotte, por ejemplo, y se impusiese respeto á los enemigos, desplegando fuerzas aparentes ya que no efectivas. Mr. Decrès hablaba en esto con la sinceridad de un ministro alarmado en favor de los intereses de su ramo; y Mr. Fouché que por un concurso particular de circunstancias, desempeñaba interinamente el ministerio de lo Interior á causa de hallarse Mr. Cretet mortalmente enfermo, tuvo, en las funciones que ejercia como tal ministro interino, un motivo muy natural para mezclarse mucho en la expedicion de Walcheren. Convocar la guardia nacional, casi en su nombre y por su cuenta, dirigir proclamas, poner en movimiento mucha gente, escoger un gefe militar, todo esto convenia á su doble mira de aparecer en Schönbrunn como muy receloso, y en Paris como muy influente. Aprobó, pues, las ideas de Mr. Decrès, y habiéndose reunido el consejo el 4.º de agosto por la mañana bajo la presidencia del archi-canciller Cambaceres, apoyó las proposiciones del ministro de Marina, quien con su na-

tural vehemencia y como hombre alarmado por los peligros que corría Amberes, pidió la convocacion extraordinaria de cien mil guardias nacionales, y el nombramiento del mariscal Bernadotte para que los mandara.

Estas proposiciones, que se prestaban á que se las tuviera por excesivas aun en el caso mas grave, sorprendieron é hicieron desconfiar al ministro de la Guerra Clarke, cuyo carácter no era mas sentido que el de Mr. Fouché, pero que tenia mucho criterio y penetracion, y dudaba en extremo fuese Napoleon aficionado, ya á la guardia nacional, ya el príncipe de Ponte-Corvo. Espuso sus dudas al consejo, y enumeró en seguida los medios que tenia á su disposicion sin recurrir á los guardias nacionales, medios que consistian en las semi-brigadas provisionales instituidas por Napoleon, en la gendarmeria, en los guardias nacionales escogidos y ya organizados que mandaba el senador Rampon, y en las tropas del campo de Boloña. Todo ello podia ascender á unos treinta mil hombres, á las órdenes del senador Sainte-Suzanne, veterano del ejército del Rhin, á quien, previendo Napoleon una expedicion inglesa, habia dado el mando de la costa desde la Picardia hasta Holanda. Dicho senador, aunque enfermo, habia declarado estaba pronto á tomar el mando. Quedaba, por último, el rey de Holanda, que acudia con algunas tropas hácia Amberes, y que como condestable, obtuvo de Napoleon en 1806 el mando del litoral. Con esto habia lo bastante para pasarse sin levantamientos en masa, y sin un gefe que como el príncipe de Ponte-Corvo se hallaba en desgracia.

El archi-canciller, que por un lado desconfiaba

del celo de Mr. Fouché, y por otro temia no se hiciese todo lo que exijian las circunstancias, no se declaró abiertamente, sino calmó el arrebato de Mr. Decrès, y al parecer se inclinó al dictamen del ministro de la Guerra. Desde entonces, no sosteniendo Mr. Fouché á su nuevo amigo Mr. Decrès con tanto ahinco, se contentó con decirle al oido que era de su opinion, y que á mayor abundamiento él haria de su gefe lo que no se iba á resolver en consejo. Separárouse sin haber adoptado las proposiciones de Mrs. Decrès y Fouché, y se consideró suficiente por el pronto las medidas ideadas por Mr. Clarke, sin perjuicio de lo que ordenase bien pronto el emperador, á quien se enviaron correos extraordinarios participándole los últimos acontecimientos.

El ministro de la Guerra dió al instante órdenes arregladas á las ideas que emitió en el consejo. Habia en Paris dos semi-brigadas compuestas de cuartos batallones, la 3.^a y la 4.^a, y las hizo marchar en posta; habia en el Norte un batallon del Vistula, algunos escuadrones de lanceros polacos y varias baterias de artilleria destinadas á encaminarse hácia el Danubio; habia ademas las 6.^a, 7.^a y 8.^a semi-brigadas situadas entre Boloña y Bruselas, y cuatro batallones de diversos regimientos acantonados en Louvain; todo lo cual dirigió hácia la isla de Cadzand y Amberes. El general Rampon estaba encargado, como en otras ocasiones, de mandar cerca de seis mil guardias nacionales escogidos, cuya organizacion se habia principiado ya, y el ministro Clarke ordenó se trasladaran á Amberes. Encargó al mariscal Moucey que reuniera toda la gendarmeria de á caballo de los depar-

tamentos del Norte, la cual ascendía á unos dos mil ginetes, y en fin, dispuso que así que no hubiera cuidado con respecto á Boloña, salieran para Amberes todas las tropas de que se pudiese disponer. Las tres semi-brigadas del Norte, las dos de París, los cuatro batallones de Louvain, y el del Vistula formaban poco mas ó menos diez mil hombres de infantería, y los guardias nacionales escogidos cinco mil. Con la gendarmería, la artillería, y los depósitos sacados de las inmediaciones, se podía contar con una fuerza de veinte mil hombres, á la cual debía añadirse las tropas del campo de Boloña y una division de holandeses que el rey Luis llevaba consigo. El total era treinta mil hombres, suficientes, apoyándose en Amberes, para impedir un golpe de mano. La dificultad consistía únicamente en hacer que llegaran á tiempo, pues el mayor riesgo que se corria en aquél momento, era la prontitud que desplegasen los ingleses en su operacion. Eran menester quince dias al menos para que dichas fuerzas estuviesen reunidas en Amberes con los caballos, los oficiales y el material necesario, y en quince dias podian muy bien los ingleses haber tomado á Flesinga, y puesto sitio á Amberes. El número de fuerzas no importaba pues tanto como la celeridad, en atencion á que detras de los muros y las inundaciones de Amberes, la cantidad y la valía de las tropas eran de una importancia secundaria. El general Clarke dió las órdenes necesarias para que todos esos movimientos se ejecutasen lo mas pronto posible; envió á Amberes un oficial de ingenieros de gran mérito, Mr. Decaux, que despues fué ministro, y escribió al rey de Holanda insinuándole que si queria el

mando, en su mano estaba tomarlo, como condesable que era.

Entretanto Mr. Fouché principió por su parte á dar á las medidas el impulso que al parecer no aprobaba el consejo, y escribió á todos los departamentos de la frontera del Norte, invitándolos en nombre del emperador á poner en pie de guerra á los guardias nacionales. En la carta que dirigió á los prefectos, carta destinada á publicarse, apelaba al honor, al patriotismo de las poblaciones, diciéndoles que al alejarse Napoleon de sus fronteras para internarse en Austria contó con ellas, y que sin duda no sufrirían viniere á insultar el territorio sagrado del imperio un puñado de ingleses. Esa carta, que era una especie de proclama, se resaca del estilo declamatorio de 1792, y evidentemente tenia por objeto conmover los animos. La carta del ministro iba acompañada de unas circulares administrativas, en las cuales se indicaba los medios que debian emplearse para llamar los mozos á las armas, alistarlos, equiparlos y reunirlos, y se encargaba á los prefectos obrasen con la mayor celeridad.

Mientras se anunciaban estas medidas de aparato, ejecutábanse las mas modestas y eficaces del ministro de la Guerra, pero por desgracia no tan pronto como era menester. Reinaba gran confusion en Amberes, donde apenas habia algunos centenares de hombres y trabajadores que colocar en las murallas. El rey de Holanda con laudable celo, se habia trasladado allí á toda prisa, llevando consigo unos cinco mil holandeses, únicas tropas de que pudo disponer, y que situó entre Berg-op-Zoom y Amberes. Aquel principe, dado á la

economía por agradar á los holandeses, solo tenia sobre las armas esos cinco mil hombres, cuatro regimientos en Alemania, y uno ó dos batallones en España. Habia dejado perderse su ejército y su escuadra por dar gusto á sus nuevos súbditos, y con llevar los soldados que tenia al Escalda, dejaba espuesta la Holanda á las tentativas de los ingleses. Aquel pais, amigo en otro tiempo de Francia y hostil á Inglaterra, estaba completamente mudado desde que la alianza con Francia le valió la interdiccion de los mares, y veia venir á los ingleses casi como á unos libertadores. Todo Bélgica pensaba del mismo modo por iguales razones, y ademas por espíritu religioso, de suerte que un triunfo por parte de los ingleses podia producir un levantamiento en masa en su favor, mucho más cuando el clero, tan influyente en aquel pais, se mostraba desde el rompimiento con el papa, ardiente enemigo de la dominacion francesa, y escepto el arzobispo de Malinas, nombrado por Napoleon, todos sus individuos trabajaban en sentido inglés.

Así que el rey Luis llegó á Berg-op Zoom, colocó sus tropas entre Santvliet y Amberes, á fin de poder socorrer esta última plaza, y en vista de la insinuacion que contenia la carta del ministro Clarke, tomó el mando general. Dejándose entonces llevar de su viva imaginacion, propuso medidas que hubieran trastornado prematuramente el pais, y causado mucho daño á Amberes, pues queria que se inundase todo el pais desde el mismo Amberes hasta la parte baja del Escalda, que se sumergiera en los canalizos cascados de buques, en una palabra, que para alejar á los ingleses se

hiciera tanto daño como el que ellos podian causar. El comandante Decaux, hombre de mucho juicio é ingeniero muy hábil, consiguió calmar la efervescencia de ánimo del rey de Holanda, se ocupó de mejorar el estado de los fuertes de Lillo y de Liefkenshoek, hizo estender la inundacion alrededor de dichos fuertes con el fin de que fuese imposible acercarse á ellos, la retardó en torno de Amberes, se puso de acuerdo con el almirante Missiessy para establecer varias estacadas en el Escalda, mandó componer las murallas de Amberes, é introdujo por último algun orden en las medidas de defensa. Habiendo llegado ya alguna gente de la 3.^a 4.^a y 6.^a semi-brigadas, los aduaneros y la gendarmeria, y acudiendo unos tras otros los guardias nacionales, habia de el 10 al 12 de agosto ocho ó diez mil hombres mal organizados, pero suficientes para guarnecer la plaza. Por otra parte, afortunadamente se obstinaban los ingleses en sitiar á Flesinga, y como el general Monnet recibió unos dos mil hombres antes que quedara cerrado el Escalda Occidental, podiamos lisonjarnos ya que no de que resistiera hasta el fin, al menos que proporcionaria el tiempo necesario para organizar la defensa de Amberes. Por su parte el general Rousseau habia recibido la 8.^a semi-brigada y algunos guardias nacionales escogidos, y seguia ocupando la margen izquierda del Escalda, en la isla de Cadzand. De este modo se retardaba los progresos del enemigo, y esto bastaba para hacer que se frustrara la expedicion británica. La flota se habia libertado de los ingleses; Amberes iba poniéndose por horas en un estado que les seria difícil tomarla; solo Flesinga esta-

ba espuesta á caer en su poder, y en todo caso, habia esperanzas de que este fuera su único trofeo.

Cuando Napoleon supo por correo extraordinario la noticia de la expedicion de Walcheren, no se sorprendió, porque esperaba alguna intentona hácia la costa, y previéndola habia dejado en Francia las dos semi-brigadas provisionales de Paris y las tres del Norte, asi como cierto número de compañías de artilleria que no necesitaba indispensablemente. Si no se sorprendió, mucho menos se alarmó, pues al momento calculó la importancia de aquella expedicion, convencido de que escepto algunos gastos que le originaria, todo el daño lo haria á los ingleses, los cuales perecerian inútilmente por las calenturas, sin apoderarse de Amberes ni de la escuadra, á no ser que esta fuese mal dirigida. Si hubiera juzgado su situacion con mas desinterés, habria visto, no obstante, que esa expedicion causaba á su gobierno un daño de un género bastante grave, el de revelar de un modo palpable los riesgos de una politica, que teniendo trescientos mil hombres en España, cien mil en Italia y trescientos mil en Alemania, no tenia un soldado para custodiar á Amberes, Lila y Paris.

Lo singular es que desde luego no fué del dictámen de los que creyeron pensaban como él, estos, del general Clarke y el archicanciller Cambaceres (1). Uno y otro suponian no aprobaria ni la

(1) En este curioso asunto, ni mas ni menos que en los demas, no hago suposiciones, ó conjeturas siquiera. Hablo con arreglo á documentos auténticos, á la correspondencia de Napoleon, Clarke, Fouché, Cambaceres y

reunion de los guardias nacionales ni el nombramiento del mariscal Bernadotte; pero se equivocaron, pues aunque no le gustaba á Napoleon recurrir á poblaciones que racionan y ponen condiciones á su auxilio, y presentia el rencor que allá en su corazon le profesaba el principe de Ponte-Corvo, sabia, no obstante, sacrificar sus celos cuando conocia interesaba mucho hacerlo. Por lo pronto no estaba enterado exactamente de la importancia de la expedicion de Walcheren, y si bien columbró con su penetrante sagacidad el resultado definitivo, no se hallaba, sin embargo, exento de toda inquietud al oír hablar de cuarenta á cincuenta mil soldados ingleses, soldados cuya valia le habia demostrado España. Pensaba que

Decrés, y á las Memorias inéditas del archicanciller Cambaceres. Puedo, por lo tanto, apoyándome en estos documentos desconocidos hasta el día, rectificar los errores pueriles esparcidos acerca de este suceso importante. Asi, pues, se ha creído que el disfavor de Mr. Fouché provino de haber convocado la guardia nacional y hecho que se nombrara á Bernadotte contra el mandato ó la voluntad del emperador; pero es todo lo contrario. Mas tarde, á no dudarlo, empezó á censurar Napoleon la conducta de Mr. Fouché en la convocacion de la guardia nacional, y su correspondencia permite fijar con exactitud el momento y el motivo de este cambio de opinion, como diremos á su tiempo. En cuanto á los hechos militares de la expedicion, la voluminosa informacion sumaria hecha en Inglaterra, y la correspondencia del ministerio de la Guerra en Francia, suministran documentos ámplios y suficientes. De todos estos materiales me he valido, despues de compulsarlos con esmero, para deshacer los errores cometidos acerca de este asunto, referido con inexactitud, lo mismo que los demas, por los historiadores contemporáneos.

era preciso no mirar con desden semejante fuerza, y sobre todo no queria permaneciese el país indiferente á su aparicion: hubiera deseado, pues que á la primera señal se mostrase indignada la nacion, y descosa de caer sobre el enemigo que llevaba su insolencia hasta violar el territorio del imperio; pero esto era reunir el entusiasmo de 1792 con el orden profundo de 1809, y no se liga como se quiere cosas tan contrarias.

No obstante, como con los años se encariña el poder de sí propio, por grande que sea su talento, pues la duracion engendra la debilidad, aunque Napoleon empezaba á causar al país, aunque lo evidente de su ambicion daba á las guerras emprendidas un sentido nada favorable para él, creia que todo se le debia; que al primer riesgo suscitado por culpa suya, todos los franceses debian levantarse; y se habia formado por otra parte la preocupacion de todo hombre de genio, que consiste en creer que cuando un gobierno quiere una cosa, hace de una nacion cuanto le agrada. Le disgustó, pues, que sus ministros no hubieran apelado á la nacion así que aparecieron los ingleses en el territorio del imperio, provocado su entusiasmo y reclamado su adhesion. Creia que debieron y pudieron haberlo hecho, y censuró su estremada frialdad, juzgando utilísimo, no por debilidad, sino por razones de gran peso, quitar las ganas á los ingleses de emprender expediciones como aquella, oponiéndoles el pueblo en masa. Tenia por muy conveniente en aquellos momentos probar á los austriacos, con quienes andaba en negociaciones, que la Francia estaba dispuesta á unirse á él; y por último, si se quiere saber otro motivo que confiesa

francamente en sus cartas, deseaba, al ver iba faltándole de donde sacar reclutas, proporcionarse un nuevo recurso, valiéndose de una fuerte alarma para hacerse con setenta ó ochenta mil guardias nacionales jóvenes, que una vez llamados á las armas retendria en las filas, dedicándolos al servicio, y convirtiéndolos en brillantes conscriptos, pues todos tendrian de veinte á treinta años. Reconvino por tanto agriamente al general Clarke y al archicanciller Cambaceres por su prudencia excesiva, y mucho mas todavía á Mrs. Fouché y Decrès porque no habian insistido en el dictamen que opusieron, dictamen con que no estuvieron conformes monsieurs Clarke y Cambaceres. A unos y otros les escribió diciendo que no comprendia sus vacilaciones; que á la primera señal debieron haber llamado á las armas sesenta mil guardias nacionales, convocado el senado, validose de él para hablar á la Francia, y probar que detrás de los ejércitos empleados lejos de su territorio, quedaba la nacion dispuesta á apoyarlos y hacer sus veces en cualquier parte. Comparando estas ideas con las que se le han atribuido en todas las narraciones contemporáneas, se ve cuán pocas veces esta bien informada la historia.

Lejos de mirar mal á Mr. Fouché, porque agitaba á la nacion, Napoleon le censuró porque no la habia puesto lo bastante en movimiento, y en cuanto á la eleccion de comandante en jefe, demostró cuán superior era su juicio á sus pasiones cuando lo exigia un gran interés. El mariscal Bernadotte le causaba profunda aversion por su vanidad, por su ambicion, por su carácter, adivinaba perfectamente el emperador la traicion que para el presente

y para lo futuro abrigaba el alma del mariscal; y sin embargo, creyendo era el único hombre capaz entre todos los que se hallaban cerca del teatro de la expedición británica, de tomar el mando, sintió en extremo no se le hubiera nombrado general en jefe de las tropas reunidas en el Norte. Reconvinó, pues, á sus ministros porque no le habian elegido, les ordenó le dieran el mando, si era tiempo aun, y condenó la idea de conferirlo al rey Luis, porque empezaba á impacientarle el ver que su hermano gobernaba la Holanda en un interés estrecho, toleraba el contrabando, favorecia las relaciones clandestinas con Inglaterra, secundaba medianamente y á menudo abandonaba la causa del bloqueo continental, abundaba, en fin, en un sistema de economías, grato para los holandeses, pero destructor para su ejército y marina. Exagerando las faltas de su hermano con respecto á la política imperial, hasta desconfiaba de él, y reprendió á sus ministros porque no vieron que el rey Luis mas pensaria en aquella ocasion en Holanda que en Francia, y con tal de preservar á Amsterdam dejaria tomar á Flesinga ó quemar á Amberes. Nada mas injusto que semejante suposición, pues el rey Luis acudia en aquel momento á socorrer al territorio francés, y por proteger á Amberes esponia á Amsterdam; pero irritado con una correspondencia cada vez mas ágría que sostenian los dos hermanos, Napoleón criticó la confianza que se habia tenido en Luis, y añadiendo la burla á las reconvenciones, escribió á sus ministros: «¿Habeis escogido á Luis porque tiene el título de condestable? Murat tiene el de gran almirante: ¿qué diriais si le diera á mandar una escuadra?»

Arreglados estos puntos, es decir, adoptada la convocación de la guardia nacional, y designado el mariscal Bernadotte para mandar en jefe, dió sobre la conducta que se debia observar instrucciones admirables por lo prudentes, hábiles y previsoras. «No trateis, escribió á sus ministros, de venir á las manos con los ingleses, porque *el hombre no constituye el soldado* (1), y vuestros guardias nacionales, vuestros conscriptos de las semi-brigadas provisionales, conducidos en tropel á Amberes, casi sin oficiales, y con artillería apenas formada, para que luchen con las tropas de Moore que dieron que hacer á las del ejército veterano, serian batidos, proporcionando á la expedición inglesa un objeto que no tardará en faltarle, si como espero, no se ha apoderado de la escuadra, y si, como estoy seguro de ello, no toma á Amberes. A los ingleses no hay mas que oponerles sino la fiebre, la cual no tardará en devorarlos á todos, y soldados parapetados en trincheras é inundaciones para organizarse é instruirse. Dentro de un mes se irán los ingleses avergonzados y diezmados por las calenturas, y yo habré ganado con esa expedición un ejército de ochenta mil hombres, que me prestará muchos servicios si continúa la guerra de Austria.»

Consiguiente á esto, Napoleón mandó al gene-

(1) Expresion testual de Napoleón, lo que sigue es un fiel análisis de un centenar de cartas admirables sobre la expedición de Walcheren. He creído que debia publicar algunas, y al fin de este tomo se hallarán para que se vea cómo juzgó Napoleón esa celebre expedición, y cuán diferente es su modo de pensar del que le atribuye el público.

ral Monnet que defendiese á Flesinga á todo trance, á fin de detener á los ingleses el mayor tiempo posible en la region de las fiebres, y que hubiera espacio para completar la defensa de Amberes. Le encargó formalmente que sin pérdida de momento rompiera los diques, é inundara de agua toda la isla de Walcheren. En seguida dispuso se condujera la escuadra á Amberes y aun mas arriba, si no se habia hecho aun; que se extendiera la inundacion solamente hasta donde fuese necesario, y se guardaran bien de echar en los canalizos esqueletos de buques, porque no queria se perdiera el Escalda con la intencion de defenderle: que se reunieran en Amberes bajo el mando del mariscal Bernadotte las semi-brigadas provisionales, los guardias nacionales escogidos del general Rampon, los batallones de depósito que estuviesen disponibles, la gendarmeria del mariscal Monecy, y los holaandeses del rey Luis, todo lo cual podia constituir un ejército de veinte y cinco mil hombres, que se colocaria alrededor de Amberes detras de los diques y las inundaciones de modo que fuese imposible llegar á la plaza, sin necesidad de dar una batalla, pues las calenturas, repitió, darian buena cuenta de los ingleses; que se formara despues de ese primer ejército otro compuesto esclusivamente de guardias nacionales, y distribuido en cinco legiones mandadas por otros tantos senadores, militares antiguos, el cual se estenderia desde la Cabeza de Flandes (arrabal de Amberes) hasta la isla de Cadzand, para custodiar la margen izquierda del Escalda, por si los ingleses intentaban bajar alli; que se organizara lo mejor que se pudiese ese nuevo ejército, no con oficiales reformados, que hubieran

servido á la república, sino con otros sacados de los depósitos de infanteria, especialmente los mayores, que casi todos eran excelentes; que se reuniera el material y el personal de ochenta piezas de artilleria, para lo cual proporcionaba medios dejando en Francia diez compañías de las que habia pedido; y que, en fin, se diera el mando de ese segundo ejército al mariscal Bessieres, quien habia sanado de la herida que recibió en Wagram, con cuya adhesion contaba, y a quien no sentia poner al lado del príncipe Bernadotte para que secundara y vigilara a este último.

Como Napoleón sabia que en materia de ejércitos nunca se obtiene sino la mitad de lo que se manda sacar y se paga, quiso añadir á los dos ya referidos otro á orillas del Meusa, que iria del Rfili, y se compondria de algunas semi-brigadas destinadas al principio á trasladarse al Danubio. Habia ya recibido de los hospitales, de los depósitos de Italia, y de las semi-brigadas venidas de Strasburgo y embarcadas en el Danubio, una masa considerable de soldados, que habian ingresado en el ejército de Alemania, aumentando su número vivo y efectivo. Podia, pues, pasarse sin parte de los recursos que habia pedido, y en su consecuencia mandó detener en Strasburgo todo lo ya organizado, como, por ejemplo, las semi-brigadas, que se las condujera por el Rhin hacia el Meusa; que no se siguiera enviando hacia Viena sino puramente los destacamentos á propósito para cubrir las bajas de los batallones, y que se principiara á reunir en Maestricht á las órdenes del general Kellermann, un peloton de diez mil hombres de todas armas, á fin de flanquear al mariscal Bernadotte al pie de

los muros de Amberes. Calculando el cuerpo de Bernadotte en treinta mil hombres, el de Bessieres en cuarenta mil, y el de Kellermann en diez mil, Napoleon esperaba tener en Flandes un ejército de ochenta mil hombres, cincuenta mil de ellos á lo menos bastante bien organizados, que por otra parte iban á instruirse en poco tiempo, y que quizá iria á mandar mas tarde de improviso, si habia que tender algun lazo á los ingleses. Deteniendo á estos en un laberinto de islas, pantanos y brazos de mar, no desesperaba de poder agregar á las calenturas alguna combinacion repentina que les hiciera pagar caro su inmensa expedicion, de suerte que lejos de afligirse por una tentativa que en el fondo descubria, segun hemos dicho, uno de los puntos vulnerables de su politica, se alegró en extremo, porque vislumbraba la probabilidad de un desquite ruidoso, y la creacion de un ejército mas añadido á los que ya tenia.

Cuando estas instrucciones llegaron á Paris, Mr. Fouché se llenó de orgullo, y Mrs. Clarke y Cambaceres de rubor; pero cada cual puso manos á la obra para obedecer lo mejor que sabia y podia las intenciones de Napoleon. Mr. Fouché que habia tocado á rebato respecto á la guardia nacional recurriendo á diez departamentos, recurrió á veinte despues de las cartas de Schœnbrunn, y se dispuso á recurrir á mayor número de ellos. El Escalda, Lié, Meusa Inferior, Jemmapes, Ardenes, Marne, Aisne, el Norte, el Paso de Calais, Somme, Sena Inferior, Oise, Sena y Oise, Sena, Sena y Marne, Aube, Yonne, Loiret, Eure y Loira, y Eure, fueron puestos á contribucion, para proporcionar contingentes de guardias nacionales. Los

prefectos convocaron á los *meres*, y organizaron una especie de conscripcion, que debia ser voluntaria en la apariencia, pero que era obligatoria en realidad, y de la cual se eximian los que pagaban en su lugar á los obreros sin trabajo, ó á los pillos que no se sabia qué destino darles. Efectivamente, hubo muy pocos ciudadanos celosos que se ofreciesen á servir de motu proprio, porque veian una nueva forma de conscripcion en aquella reunion de guardias nacionales, no creian fuese tan grave el riesgo de la expedicion britanica, y en todo caso la imputaban á la politica que dejaba descubiertas las fronteras francesas por invadir las del extranjero. En los departamentos belgas, donde reinaba mal espíritu, y en los del Centro y el Mediodia, donde por lo distante no se apreciaba bien el peligro, se prestaron pocos á esos nuevos alistamientos; pero en los departamentos antiguos inmediatos á la frontera del Norte y al litoral, donde siempre ha sido muy vivo el odio á los ingleses, se presentaron con cierto afan. Estos últimos habian ya dado al general Rampon compañías escogidas, compuestas de soldados licenciados; pero proporcionaron todavia gente para los nuevos cuerpos cuya formacion habia decretado Napoleon. Obrando Mr. Fouché revolucionariamente, no vaciló en hacer gastos considerables para equipar los guardias nacionales, gastos que cargó al presupuesto del ministerio de lo Interior, y mitad por celo, mitad por ostentacion, desplegó una actividad que debia concluir por dar bien pronto que sospechar, porque salia de los límites de lo sencillo y lo útil.

Mostró sobre todo un ardor que causó estrañe-